

fuego fatuo, de una quimera; porque no solo en el infierno se descubre este vacío, este fantasma, esta nada de las honras, de los deleites, y de todo lo que en el mundo se llama fortuna; el mismo juicio se hace de todo esto de esta vida en aquellos intervalos de razón y de religión, en que la pasión calla, y sobre todo á la hora de la muerte, donde se juzga tan sanamente de todas las cosas. Comprende, si puedes, la impresión que hace sobre una alma este pensamiento, este juicio, este pesar. ¡Qué indignación contra ti mismo! ¡qué despecho, qué rabia haber sido tan insensato, tan enemigo de tu propio interés; haber sido tan fatuo, como haber perdido á Dios para siempre, por unas nada que pasaron como sueños! *Pro nihilo*, dice el Profeta: ¡haber perdido á Dios, y con él una felicidad eterna, un paraíso, una gloria sin fin! ¡Oh, Dios, qué pesar es este! pero lo que pone el sello, y lo que es el colmo de la rabia y de la desesperación, es ver que se ha perdido todo esto únicamente por su culpa. Si Dios me hubiera puesto en la fatal, en la cruel necesidad de condenarme, si me hubiera reprobado por su gusto, si no hubiera muerto por mí, si me hubiera negado su gracia, mi desventura sería infinita, y en este caso tendría yo un pesar menos; pero que Jesucristo haya dado toda su sangre por mí, que haya hecho tantos gastos por mi salvación como por la de los predestinados, que no me haya negado ni las gracias, ni los medios para salvarme, y que yo no haya perdido á mi Dios sino porque se me ha antojado, sino por mi culpa; concibe, si es posible, lo agudo y lo amargo de este cruel pesar. Haced, Señor, que yo sienta todo el rigor de este pesar; y ahora que todavía estoy en estado de hacer que me sea útil, haced que pierda todo lo que tengo, riquezas, honras, placeres, salud, la misma vida, antes que os pierda para siempre.

JACULATORIAS. — ¿Quién me separará jamás del amor de Jesucristo? (*Rom.* 8.)

Estoy seguro, Dios mío, que ni la muerte, ni la vida, ni cuanto hay en el mundo, me podrá separar del amor de Jesucristo. (*Ibid.*)

PROPOSITOS.

1. Propon no ofender jamás á Dios, ni dejar de amarle por cosa alguna del mundo. Pídele que te confirme en este propósito, y que le haga eficaz. En todas las tentaciones y en todos los eventos de la vida dí sin cesar: confío en la misericordia de mi

Dios, que con la ayuda de su gracia, ninguna cosa será jamás capaz de separarme de su amor; renueva muchas veces al día esta resolución, y dile á menudo, que estás pronto á sacrificarlo todo antes que incurrir en su desgracia. En todos los lances en que concurrieren tus ventajas temporales y tu conciencia, ponte delante la consecuencia de la pérdida de un Dios, y coteja con ella la de ese interés temporal, y no te será difícil concluir á quien se le debe la preferencia.

2. Acuérdate que se pierde á Dios para siempre por un solo pecado mortal, cuando se muere en este pecado. Trae frecuentemente á tu memoria, y repasa esta terrible verdad, y haz que halle lugar en todos tus negocios y en toda tu conducta; todos tus temores deben reducirse á la triste aprehensión de morir en pecado mortal. No te contentes con tener horror al pecado, ténele a cuanto puede ser ocasión de cometerle; y en todos los accidentes adversos de la vida, en la pérdida de un pleito, de la hacienda, de la salud, del favor de los grandes, consuélate con este pensamiento tan sólido y tan verdadero: Con tal que yo no pierda á Dios, nada importa que pierda todo lo demás. Con tal que yo posea á Dios, lo he ganado todo.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SANTA CATALINA, virgen y mártir; la cual en Alejandria en el imperio de Maximino por haber confesado la fe de Cristo fué puesta en la cárcel, azotada por largo tiempo con escorpiones; y últimamente degollada alcanzó la palma del martirio. Su cuerpo fué milagrosamente trasladado por los ángeles al monte Sinai, en donde es venerado con gran concurso y devoción. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN MOISÉS, presbítero y mártir, en Roma; al cual estando con otros en la cárcel consoló muchas veces S. Cipriano con sus cartas. Hizo frente este Santo con ánimo invencible no solo á los gentiles, sino también á los cismáticos y herejes novacianos; y al cabo en la persecución de Decio, como refiere S. Cornelio papa, fué glorificado con un admirable martirio.

SAN ERASMO, mártir, en Antioquia. (No debe confundirse este Santo con S. Erasmo obispo y mártir, llamado también ELMO ó ERMO, cuya conmemoración hace el Martirologio en 2 de junio.)

EL MARTIRIO DE SAN MERCURIO soldado, en Cesarea de Capadocia; el cual con la protección del Ángel que le guardaba, venció á los bárbaros, triunfó de la crueldad de Decio, y lleno de trofeos de los mu-

chos tormentos que padeció, voló al cielo con la corona del martirio. (Su santo cuerpo fué posteriormente trasladado á Benevento, en Italia, de cuya ciudad es patron.)

SANTA JUCUNDA, vírgen, en Emilia, provincia de Italia.

SANTA CATALINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

FUE Sta. Catalina natural de la ciudad de Alejandría. Empleó los primeros años de su vida en el estudio de las letras sagradas y profanas; y como estaba dotada de excelente ingenio, llegó á ser un prodigio de sabiduría. Sucedió que Maximino II, originario de Dacia, y sobrino de Maximiano Galerio, yerno de Diocleciano, entró á repartir el imperio con Constantino el Grande y con Licinio; y como el Egipto pertenecía á su jurisdicción, era su mas ordinaria residencia la ciudad de Alejandría, capital de aquella provincia. Era Maximino principe cruel, no menos heredero de Diocleciano y de Galerio en el odio implacable contra los cristianos, que en la corona imperial. Publicó un edicto en estos términos: *A todos los que viven debajo de nuestro imperio, salud. Habiendo recibido de la clemencia de los dioses un señalado beneficio, hemos resuelto ofrecerles sacrificios en manifestacion de nuestro agradecimiento. Por tanto, os exhortamos á que todos concurráis cerca de nuestra persona para mostrar por vuestra parte el zelo que teneis por nuestros adorables dioses. En lo demás, si alguno menospreciare nuestro edicto, ó siguiere otra religion, además de que irritará contra sí la cólera de los dioses, será rigorosamente castigado.* Acudieron de todas partes por obedecer al emperador. Estaba el aire oscurecido con el humo de las víctimas; pero mientras se ofrecian sacrificios á los demonios, se aplicaba Catalina á sostener la fe de los cristianos, haciéndolos demostracion de que los oráculos del gentilismo eran puras ilusiones, y los que se llamaban dioses habian sido hombres mortales, que se hicieron famosos por sus disoluciones; y en fin, que no se podia obedecer el edicto del emperador sin hacerse reos de las penas eternas con que los castigaria Dios, criador del cielo y de la tierra, único Señor que merecia ser adorado. Despues de haber confirmado así á los cristianos, determinó presentarse al mismo emperador para hacerle visible su impiedad, escogiendo para eso aquel tiempo mismo en que estaba sacrificando á los dioses del imperio. Pidió, pues, que la permitiesen hablarle; y como estaba dotada de una presencia majestuosa, igualmente que de una rara hermosura, sin dificultad fué admitida á la audiencia. Dijo, pues, al emperador con una resolucion que



STA. CATALINA V. Y M.

solamente la se podía inspirar y sostener, que por sí solo debería ya haber reconocido que aquella multitud de dioses que adoraba era otra tanta multitud de errores que seguia, pues la misma razon natural estaba demostrando que no podía haber mas que un supremo soberano Ser, único y primer principio de todas las cosas. Pero ya que su misma razon no le habia descubierto una verdad tan patente, debia por lo menos rendirse al testimonio de sus mas sabios doctores, los cuales distinta y claramente enseñaban que no habia ni podía haber mas que un solo Dios, descubriendo el origen de la multitud de sus dioses. Citóle para eso á Diodoro Siculo, á Plutarco y algunos otros, añadiendo la parecia muy extraño que un emperador que por su autoridad y por su carácter debiera desviar los pueblos del supersticioso culto de mentidas deidades, los provocase á ello con su ejemplo. Y por tanto, le suplicaba que se dignase poner fin á aquel desorden, rindiendo al verdadero Dios el supremo culto de adoracion que se le debe, si no queria esponerse, á que cansado de tolerar tanto sacrilegio, le biciese al fin conocer que era el soberano dueño del universo, quitándole con el imperio la vida. No es fácil esplicar lo sorprendido que quedó el emperador á vista de aquel no esperado discurso; pero por no dar á entender que le habia hecho fuerza, solamente la respondió, que no interrumpiría el sacrificio por sus representaciones, y que en acabándole la oiria á su satisfaccion. Luego que el emperador volvió á palacio, mandó llamar á Catalina, y la preguntó quién era, y quién la habia dado licencia para hablarle con tanta libertad en un concurso tan público, tan majestuoso, y tan respetable. *Quién soy yo, le respondió la Santa, es bien sabido en toda la ciudad de Alejandría: llámome Catalina, y mi casa es de las mas ilustres del pais. Me he dedicado toda la vida al conocimiento de la verdad: quanto mas estudiaba, casi mas iba descubriendo la vanidad de los ídolos que adoraba. Mi gloria y mis riquezas consisten en ser cristiana y esposa de Jesucristo. Todo mi deseo es, que tú y tu imperio le conozca, renunciando las supersticiones en que os habeis criado: esto me dió aliento para presentarme en el templo, sin otro fin que el de hacerte una representacion tan humilde, como importante y verdadera.* No considerándose el emperador con suficiente caudal para contestar á la doncella filósofa, mandó convocar cincuenta filósofos de los mas nombrados, con orden de que se hospedasen en palacio, donde se les trató con la mayor honra, como que eran los maestros del mundo. Aun no habian llegado los diputados del emperador adonde se hallaba la Santa para conducirla al teatro de la disputa, cuando se la

apareció un ángel, y la dijo que no temiese; asegurándola que el Señor la comunicaria tanta abundancia de luz, que convertiria á los cincuenta filósofos, con otros muchos de los circunstantes, haciéndolos conocer á Jesucristo, y por fin de su glorioso triunfo recibiria la palma del martirio. Dicho esto, desapareció el ángel, y ella entró en el salon de palacio con majestuoso despejo; pero con tan grave modestia y compostura, que poniendo en ella los ojos una inmensa multitud de personas, ella no levantó los suyos para mirar á ninguno. Diéronla asiento en medio de los filósofos con bastante inmediacion al trono del emperador, que no queria perderla ni una sola palabra. Uno de los filósofos se empeñó desde luego en persuadirla á que debia tributar reverentes cultos al sol, bajo el título de Apolo, esforzándose á probar, que por sola su hermosura merecia ser adorado, aun cuando por otra parte no produjese tan ventajosas utilidades al mundo; porque él regla las estaciones del año; él fertiliza los campos con las mieses; él produce los metales en las entrañas de la tierra; él pinta las flores con variedad tan hermosa de matices; él las comunica aquella suavísima fragancia de olores exquisitos; y él, en fin, con su calor y con su influjo infunde espíritu vital en todo cuanto le tiene. De donde concluyó, que no se le podian disputar los honores de divino, puesto que por su virtud sustentaba toda la naturaleza. Parecióle á Maximino tan concluyente este argumento, que dió á Catalina por invenciblemente convencida. Pero quedó estrañamente sorprendido cuando oyó la prodigiosa facilidad con que se desembarazó de todo. En primer lugar citó el testimonio del mismo Apolo para probar la divinidad de Jesucristo: despues hizo demostracion de que si el sol es el mas hermoso de todos los astros, toda la luz con que brilla se la debe á la magnificencia de Dios, probando que está sujeto á su divino poder, pues cuando Jesucristo espiró en una cruz por la salvacion de los hombres, el sol, por decirlo así, se vió precisado á mostrar su sentimiento, mudando de color, y á la mitad del dia cubriendo de tinieblas toda la tierra. En fin, dijo cosas tan convincentes y tan claras, que el filósofo quedó enteramente persuadido. Hizo señal el emperador á los demás para que salieran á la disputa; pero todos se escusaron, diciendo que todos se daban por vencidos en la persona del que reconocian como por su jefe y maestro. Confesaron que no habia mas que un solo Dios verdadero, y que todos estaban prontos á rubricar con su sangre esta verdad, añadiendo el título de mártires á la profesion de cristianos. ¡Oh portentoso triunfo de la gracia, y cuanta verdad es que Dios escogió las cosas mas flacas para confundir á las más

fuertes! Llamó Maximino á su cólera y á su furor por auxiliares para defender la causa de sus dioses, y la defendió, condenando á muerte á los que la habian abandonado: recurso feliz, que fué causa del mas glorioso triunfo. Pasando aquellos sabios de filósofos á cristianos, sufrieron el martirio con invencible constancia. Convirtió despues el emperador toda su rabia contra Catalina, y la hizo atormentar cruelmente; pero todo lo sufrió con invicta fortaleza la generosa amante de Jesucristo, conquistando para él muchas almas aun dentro de la misma cárcel. La emperatriz, Porfirio, coronel de la primera legion, y otros doscientos soldados confesaron á Jesucristo, y confirmaron con su sangre esta gloriosa confesion. Catalina fué condenada por Maximino, y la espada homicida abatió al suelo aquella virginal cabeza, que habia rehusado la corona del imperio romano, corriendo de la herida leche, en lugar de sangre, para mostrar la pureza y la inocencia de la víctima sacrificada. Los ángeles que bajaron del cielo para ser testigos de su combate y para honrar su muerte con su presencia, llevaron su cuerpo y le enterraron en la cima del monte Sinai, cantando cánticos de alabanzas á gloria de Dios, que es admirable en sus santos.

Adicion.

No hace mencion el P. Croisset del tormento de la rueda de navajas que padeció nuestra Santa; pero el omitirle no es negarle: ó le omitió por tan sabido, ó dejó de espresarle en gracia de la brevedad que observa en el compendio de todas las vidas, contentándose con declarar el último suplicio que coronó su martirio. Fué, pues, de esta manera. Viendo el tirano que ninguna cosa aprovechaba, mandó hacer una máquina de cuatro ruedas armadas de clavos y puntas agudas y cortantes como navajas, de tal suerte encajadas y trabadas entre si que, puesta la virgen en una de ellas, y moviendo la máquina, fuese despedazado su cuerpo con aquellos horribles instrumentos. Ataron á la valerosa virgen á la máquina, y comenzaron los sayones á moverla; pero no desamparando el Señor á su sierva en este tormento, subitamente un ángel del Señor la desató, rompiendo las ataduras con que estaba atada y desbarató aquella máquina cruel, destrabando unas ruedas de otras con tan grande impetu, que con su movimiento acelerado mataron á muchos de los gentiles que allí estaban y habian concurrido á este espectáculo; y otros que quedaban libres, daban voces y clamaban: Grande es el Dios de los cristianos. Esta grande maravilla, no obstante, léjos de ablan-

dar al fiero Maximino, acrecentó mas su rabia viéndose vencido de una delicada doncella; y fuera de sí, mandó degollarla, según queda referido. (*Rib.*)

SAN GARCIA, ABAD.

ESTE glorioso varon, gozo y ornamento del arzobispado de Burgos, nació á principios del siglo XI, ó á fines del X, en Quintanilla, villa de la Bureva entre Belorado y Briviesca. Desde sus tiernos años volvió las espaldas al mundo, y se retiró al monasterio de S. Pedro de Arlanza, que era espejo de santidad en aquellos tiempos. Floreció tanto García en la observancia regular, que el rey D. Fernando I, que frecuentemente iba á Arlanza, viendo por sus mismos ojos la prudencia, la piedad, el zelo y fervor, y demás virtudes y buenas prendas de este monge, hizo que se le encomendase la abadía de aquella casa despues de Aureolo. Era ya abad García en el año 1039, como consta de una escritura de donacion hecha por Lain Gonzalez y su mujer Tigridia.

Mas de treinta años gobernó García aquel monasterio; hizose amable á Dios y á los hombres, los monges con su ejemplo medraron en santidad; grandes bienes hizo á Castilla el buen olor de todas las virtudes que salia de aquella casa. El rey D. Fernando le unió muchos monasterios, para que en ellos floreciese su observancia; algunos fueron concedidos á peticion del santo abad: hizo permuta de algunas heredades con el abad de Oña, al modo que solian los de Silos y Cardeña, los cuatro de un tiempo y todos Santos, franqueándose mutuamente con verdadera caridad lo que hallaban ser útil para sus monasterios.

No fué continuada la abadía de este santo varon hasta su muerte, como parece haber creído Yepes; sino interrumpida con el gobierno de D. Lope, que era abad de Arlanza por los años 1041, y Ariolfo en el siguiente. Desde el año 1050 no vemos en aquel monasterio mas prelado que S. García hasta el de 1073 en que falleció.

No constan por documentos los hechos particulares de este siervo de Dios; mas aunque su vida fué oculta en Jesucristo, la observancia regular que florecia entonces en aquel monasterio, da testimonio de la vigilancia y buen ejemplo de su abad. El monge Grimaldo, que vivia por los tiempos de García, y murió cerca del año 1090, le llama *varon de vida en todo venerable, y de gloriosa memoria por su feliz perseverancia*. El poeta Gonzalo Berceo, monge tambien, que floreció ya entrado el si-

glo XIII, le llama *abad santo, siervo del Criador, de bondad amador*. Anádense á esto algunos milagros que por su intercesion obró el cielo. De uno de ellos hace memoria su epitafio, y fué que estando un viernes santo comiendo pan y agua con sus monges, echó la hendicion, y se convirtió el agua en vino. Grimaldo y Berceo refieren otro favor que hizo Dios á este santo prelado, revelándole el sitio donde estaban en Avila los cuerpos de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, para que los trasladase á su monasterio. Fué esto hácia los años 1061. Mas de diez años sobrevivió S. García á este suceso; pues le llamó Dios para sí en el de 1073, en que pasó tambien á mejor vida Sto. Domingó de Silos, que se habia hallado como él á la traslacion de aquellas reliquias.

Su sepulcro estuvo primero en la pared de la nave izquierda de la iglesia de Arlanza, á la parte de la capilla llamada de los mártires. El año 1620 sacaron de allí el cuerpo, y le colocaron en una urna en la capilla de los mártires. El año 1725 fué dado á la villa de Quintanilla, patria de nuestro Santo, el hueso grande de la cadera derecha.

Es muy recomendable este monasterio por las muchas y preciosas reliquias que en él se veneran, y por las alhajas que en él dejó el conde Fernan Gonzalez, cuyo sepulcro está en la capilla mayor. (*Florez t. 27, p. 130.*)

SAN GONZALO, OBISPO.

GRANDE oscuridad hay acerca del tiempo en que gobernó la Iglesia de Mondoñedo el santo obispo Gonzalo, cuya noticia se conserva en aquella diócesi mas por tradicion que por documentos antiguos. Sandoval coloca su memoria en el año 888, que era el veinte y dos del reinado de D. Alfonso III, y dice que este fué el obispo que trasladó la catedral de Bretoña á S. Martin de Mondoñedo. Contra esto observa Florez que no hubo tal traslacion de Bretoña á Mondoñedo, sino establecimiento de la Iglesia Dumiense por el obispo Sabarico, que habia muerto antes del año 877 en que presidia en S. Martin el obispo Rudesindo. Y como este prelado ocupó la silla lo que faltaba de todo aquel siglo y parte del siguiente, no pudo colocarse S. Gonzalo en el año 888. Mucho menos podrá en el de 850 en que le puso el fingido Luitprando, pues entónces no habia tal sede de S. Martin de Mondoñedo, y mucho menos la de Valibria (cuyo titulo le da tambien) para cuyo establecimiento faltaban mas de doscientos años.

No sería tan difícil fijar esta época, si constase cuya era la armada que dicen haber destrozado este santo obispo con el poder de su oración. Sandoval juzga que esta armada era de moros, los cuales capitaneados de su general Abdelhamuyt, con el designio de hacer daño en las costas de Galicia, llegaron á vista de Ribadeo y Vivero. Pero fué tan grande, dice, la tempestad, que todos perecieron, y con mucho trabajo se salvó el general con otros pocos. Túvose esto, añade, por milagro que nuestro Señor obró por los méritos de D. Gonzalo, obispo santo de Mondoñedo. Otros creen que las naves eran de los normanos, cuya llegada á la parte de Gijón y la Coruña nombra el Cronicon de Sebastian en el reinado de D. Ramiro I, esto es, hácia la mitad del siglo IX.

En todo el territorio de S. Martín es célebre la memoria de este obispo, y le tienen por Santo; y le dan culto. Fundóse en lo antiguo una ermita en el sitio adonde dicen haber ido el Santo acompañado del clero y del pueblo, y por su oración se vieron sumergir las naves, sin quedar mas que una que diese á los suyos esta nueva. Dista la ermita un cuarto de legua de S. Martín, desde ella se registran muchas leguas de mar.

El sepulcro del santo obispo está no en Lorenzana, sino en S. Martín de Mondoñedo. Es de piedra tosca, algo elevado del suelo. Ponen sobre él una mesa de altar para decir misa; algunos obispos han celebrado allí por especial devoción. La urna tiene tres llaves, que guardan el obispo, su cabildo y el prior de S. Martín. El año 1648 la abrió el señor obispo D. Francisco de Torres, y halló el cadáver descarnado; pero los huesos unidos, de los cuales salió una maravillosa fragancia. Con el cadáver había un báculo dorado, retazos de los ornamentos incorruptos, y un cingulo de oro y seda. Lo mismo se halló en otro reconocimiento que se hizo el año 1704. (*Florez t. 18. p. 295; y Sandoval en los 5 obispos p. 247.*)

La misa es en honor de Sta. Catalina, y la oración la siguiente:

O Dios, que diste la ley á vírgen y mártir Catalina: suplicámoste nos concedas que Moisés en la cumbre del monte Sínai, y dispusiste fuese enterado en el mismo lugar por misterio de tus santos ángeles el cuerpo de tu bienaventurada

por sus merecimientos y por su intercesion podamos llegar al monte que es Jesucristo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 51 del Eclesiástico.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdición, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarame, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabarà hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

REFLEXIONES.

Librásteme de la violencia de la llama que me circundaba.
Esta llama que nos rodea se puede decir que es la pasión dominante, la cual siempre escita en el hombre un horrible incendio que casi nunca se apaga; y para estinguirle, casi siempre es menester como una especie de milagro. La pasión dominante siempre reina como tirana; no da paso que no sea un exceso. A todas nuestras pasiones conviene la razón general de ser estrimadas y violentas en todas sus cosas; todos los movimientos de nuestro corazón tienen sus particulares y determinados objetos; la pasión no tiene otro que el exceso, siendo tan esencial en ella el escender y romper todos los límites, como lo es á la razón el prescribirlos y contenerse dentro de ellos. Si una vez se deja libre el curso á las pasiones, no hay que esperar que nada las detenga, porque un deseo llama á otro. Encendido una vez el fuego, va creciendo, se va dilatando, y abrasa todo cuanto se le presenta; lo que no puede abrasar y consumir, á lo menos lo calienta, aunque sea el mismo bronce; ¿qué digo lo calienta? lo disuelve y lo derrite. Pero en esto escede mucho á todas las demás la pasión dominante. Es fogosa y siempre tiraniza donde manda. El que comienza á ser su esclavo, para en ser su víctima. Luego que comienza á dominar, se apodera de todas las facultades.

tades del alma. Ella es la que piensa, la que juzga, la que sentencia, la que decide, la que todo lo arregla segun su capricho: ella desvia todo lo que puede apagar el incendio que escitó. Todo cede á la pasion dominante; el natural, la educacion, el honor, la reputacion, el interés y hasta la misma religion; ella es la que puebla el infierno, hablando en propiedad. ¿Será esto porque es imposible apagarla? No; pero es porque la pasion dominante en un instante se apodera del alma, cobrando sobre ella un tiránico predominio. No sabe obedecer á los que no la saben sujetar. Se comparan las pasiones en el corazon del hombre á los vientos del mar. Como los vientos agitan el mar y turban su calma, del mismo modo las pasiones forman tempestades en el corazon, y alteran su tranquilidad. Ya levanta la cólera borrascas, ya reina el viento del orgullo, ya sopla el de la vanagloria, y todos nos desvian á muchas leguas del puerto. Unas veces la impaciencia, otras la envidia ó algun desordenado deseo; mas al fin, estos vientos amainan alguna vez, calman y dan algunas treguas; pero la pasion dominante no entiendo de eso, nunca cede. Es un fuego que siempre crece y nunca se apaga. En cierta manera se puede decir que la pasion dominante es como un género de pecado original, que siendo uno en especie, produce y fomenta todos los demás; porque luego que una pasion gobierna y reina con imperio en el corazon, nos induce á todos aquellos pecados que pueden servir para contentarla y para satisfacerla. Aunque se tenga natural horror á otros vicios, como estos conduzcan para dar gusto á la pasion, nos vamos á ellos por un peso que nos arrastra, por un encanto que nos fascina, por una ley que nos tiraniza. No solo es la pasion dominante funesta causa de todos nuestros pecados, sino el verdadero origen de todas aquellas falsas máximas, de todos los errados principios sobre que fundamos nuestra errónea conciencia. Los demás vicios pueden sernos forasteros, ó por decirlo así, como advenedizos; pero la pasion dominante es nuestro propio y nuestro verdadero carácter. El fruto de una verdadera conversion es vencer la pasion que reina en nosotros: es concebir un vivo horror á esta pasion imperiosa, para combatirla despues sin treguas ni intermision. Con sola esta victoria quedaremos á cubierto contra todas las tentaciones del enemigo. A los demás vicios se declara la guerra sin dificultad; pero á éste ordinariamente se le perdona como al vicio favorecido. Considera cuanto importa vencer enteramente, destruir y aniquilar la pasion dominante.

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo, y el mismo que el dia xxii, pág. 394.

MEDITACION

De la falsa confianza.

PUNTO PRIMERO.— Considera que tanto se peca por la poca confianza, como por la demasiada. La primera nace de una culpable pusilanimidad: la segunda de un fondo de orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la infinita bondad y en la omnipotencia de un Dios que quiere le consideremos como nuestro padre; y esta confianza es una prueba tan sensible de nuestra fe, que incesantemente nos la recomienda el Señor como condicion indispensable, sin la cual no serán oídas nuestras oraciones, y con la cual ofrece no negarnos cosa que le pidamos. Pero hay otra confianza presuntuosa, otra confianza falsa, que no merece el nombre de esta virtud. Consiste esta en cierta opinion demasadamente ventajosa que uno tiene de sí mismo: en una esperanza fundada en su imaginaria virtud, y en las singulares gracias que Dios se ha dignado concedernos. Es fácil conocer lo mucho que nos engaña esta falsa confianza. Cuéntase con las buenas máximas que se tienen, con el hábito de virtud de que uno se lisonjea, con una falsa seguridad que siempre es efecto de una ciega confianza. Aunque no hubiera otro pecado que esta estimacion propia, era muy bastante delante de Dios para que su Majestad nos humillase y nos confundiese. ¿Qué hombre puede racionalmente presumir de su fidelidad y de su perseverancia aun en las ocasiones mas comunes y ordinarias? Hânse visto caer las mas robustas columnas de la Iglesia, las cuales parece nos la podian sustentar: hânse visto eclipsar los astros mas luminosos, despues de haber alumbrado por largo tiempo á los fieles con el resplandor de su virtud. Vióse á un Salomon, dotado por Dios con extraordinaria sabiduria, precipitarse en los mayores escesos; vióse á un apóstol, escogido por el mismo Jesucristo, y alicionado en su escuela, pasar á ser un apóstata traidor; viéronse caer en errores y en desvarios á muchos hombres grandes despues de haber hecho milagros. Y á vista de esto, ¿confiará aquel temerario en su presumido fervor, y en una virtud siempre caduca, siempre inconstante en esta miserable vida! ¡Ah Señor, esta sola falsa confianza basta para precipitarnos en funestísimas caidas aun dentro del mismo camino de la perfeccion!

PUNTO SEGUNDO — Considera que no es menos insuficiente ni menos falsa la confianza en las gracias que hemos recibido del